



IV

Peligro próximo.

—No. No podía hacer otra cosa—se repetía Dorseñe la noche de aquel día.

Toda la tarde la dedicó á Gorka. Después de obligarle á que almorzara, hizo que se acostase y le veló él mismo. Condújole en un carruaje cerrado á la estación de Portonaccio, que es la primera en la línea de Florencia; y, en fin, había procurado no dejar un minuto solo á aquel hombre, cuyo frenesí había más bien suspendido que apaciguado á costa de su propio reposo. Una vez en su habitación de la plaza de la Trinidad, donde veinte detalles atestiguaban el paso de Boleslas, aquella palabra de honor falsamente dada, comenzó á

pesar sordamente al escritor, pero con tanta más fuerza cuanto que al fin se daba cuenta del plan seguido por Boleslas. La penetración tardía á que estaba habituado le permitió establecer la línea general de su conversación. Comprendió que ninguna de las frases pronunciadas por su interlocutor, ni aun las más exaltadas, había sido pronunciada al azar. De súplica en súplica, de confianza en confianza, Dorsenne había sido puesto en este cruel dilema, que no supo prever ni evitar: ó acusar á una mujer, ó mentir de un modo que una conciencia viril no perdona fácilmente. Y él no se lo perdonaba.

—Y esto es aún más triste—se decía,—porque no impedirá nada. Desde el momento en que existe en el mundo una persona bastante perversa para haber escrito esos anónimos, esa persona no se detendrá aquí. Encontrará pronto el medio de desencadenar de nuevo á ese furioso. ¿Pero se han escrito esas cartas? Un apasionado terriblemente astuto como Gorka es capaz de haber forjado esta novela para tener el derecho de preguntarme lo que me ha preguntado. Sin embargo, no. Hay dos hechos indiscutibles: un estado de celos desesperados y su extraordinario regreso. Uno y otro suponen un tercero, un aviso. ¿Quién le ha dado? El me ha hablado de doce cartas. Supongamos que no ha recibido más que una ó dos. ¿Quién es el autor de ellas?

Todo el desarrollo inmediato del drama al que Julián se encontraba mezclado, estribaba en la respuesta á esta pregunta. No era fácil de formular. Los italianos tienen un proverbio de una singular profundidad, del que el escritor se acordó en aquel momento. Le había hecho reír mucho cuando le había oído al senten-

cioso Egiste Brancadori. Comprendió su alcance. *Chi non sa fingersi amico, non sa essere nemico*: Quien no sabe fingirse amigo, no sabe ser enemigo. En el pequeño rincón de la sociedad donde se movían la Condesa Steno, los Gorka y Lincoln Maitland, ¿quién era bastante hipócrita y odioso para practicar este adagio? Sólo una denuncia positiva y detallada había podido despertar tan terribles celos en Boleslas, y tales denuncias suponen una cotidiana familiaridad.

—¿No será la señora Steno—pensó Julián—quien se ha divertido en contárselo ella misma á su amante para encontrar nuevas emociones? He conocido este caso, pero se trataba de parisienses locas, y no de esta Duxesa del siglo XVI, que se encuentra intacta en la Venecia de nuestros días como un zequí de aquella época que guardase el sello del troquel. Eliminémosla. Eliminemos también á la señora Gorka, esta criatura toda verdad que por nada del mundo mancharía sus labios con una mentira, lo que, por otra parte, la hace fácil de engañar. ¡Qué ironía! Eliminemos á Florent. Este se haría matar en caso de necesidad como un mameluco, á la puerta del cuarto donde su genial hermano juguetearse con la Condesa. Eliminemos al americano mismo. He encontrado este caso: un amante cansado de su querida, denunciándose á sí propio, á fin de desembarazarse de ella. Pero estas gentes nada tenían de común con este zopenco que posee talento para pintar, como los elefantes tienen trompa. ¡Otra ironía! Se ha casado con una mestiza por el dinero, pero era una bajeza cometida una vez para todas, que le permitía pintar lo que quisiera y como quisiera. Se ha dejado amar por Steno porque es diabólicamente hermosa, á pesar de

sus cuarenta años, y una verdadera gran señora, y además, porque con esto engañaba á un verdadero gran señor. No tiene un ápice de delicadeza moral, pero no es capaz de tal pillada. Eliminemos también á su mujer, esa esclava á quien la sola presencia de su marido anodada de tal modo que no osa mirarle á la cara. Tampoco es Hafner. El sutil zorro es capaz de todo por sagacidad, hasta de una buena acción; ¡pero no de una traición inútil y peligrosa! Jamás. Fanny es una santa escapada de la leyenda, aunque no lo piense Montfanón. ¡Otra ironía! He pasado revista á todos los del grupo..... Me olvidaba de Alba. Pero sólo pensarlo es extravagante. ¿Extravagante? ¿Por qué?

Estaba Dorsenne, cuando se formuló esta pregunta, á punto de acostarse. Tomó, como de costumbre, uno de los libros colocados sobre la mesa para leer algunas páginas, una vez en el lecho. Tenía siempre al alcance de su mano algunas obras con cuya lectura fortificaba de nuevo su doctrina de intransigente intelectual. Estas eran las *Memorias* de Goethe, la correspondencia de Jorge Sand, donde se encuentran las cartas á Flaubert, los *Discursos del método*, de Descartes, y el *Ensayo* de Burckhart sobre el Renacimiento. Mas después de haber puesto el codo sobre la almohada y hojear uno de estos libros, le cerró sin haber leído veinte líneas. Apagó su lámpara y no pudo dormir. La extraña sospecha que acababa de atravesar su espíritu, tenía algo de monstruoso aplicada á una joven. ¡Qué sospecha y qué joven! La amiga preferida de todo el invierno, aquella por la que el novelista prolongaba su estancia en Roma, porque era la más graciosa aparición de delicadeza y de melancolía en aquel cuadro de trágico y solemne pasa-

do. Otro que no fuera Dorsenne no hubiera admitido semejante idea ni por un segundo sin causarse á sí mismo horror. Dorsenne, al contrario, se puso á meditar en la siniestra hipótesis, procurando justificarla. Nadie sufría más que él de esa deformación moral que el abuso de ciertos trabajos literarios inflige á algunos escritores. Están de tal modo habituados á combinar caracteres artificiales con motivo de las creaciones de su fantasía, que llegan á hacer el mismo trabajo á propósito de los seres que mejor conocen. Tienen un amigo querido que ven casi diariamente y que nada les oculta, como ellos tampoco le ocultan nada á él. Pues si después de un año de ausencia os hablan de él, quedaréis sorprendidos al notar que, aunque continúan amándole, os trazan de él dos retratos contradictorios con la misma sinceridad y la misma probabilidad. Tienen una querida, y ésta les ve con espanto cambiar de actitud junto á ella, que tiene la conciencia de ser la misma, y el cambio se opera alguna vez en el espacio de un día. Depende esto del desarrollo de su imaginación, y de que observar no es jamás más que un pretexto para construir. Está enfermedad había dominado á Julián desde su adolescencia, pero no se había manifestado nunca de tan inesperado modo como con ocasión de Alba Steno, que tal vez soñaba con él en el momento mismo en que en el gran silencio de la noche, Dorsenne se esforzaba en probarse que ella era capaz de aquella especie de parricidio por medio de cartas anónimas.

—Después de todo—se repetía, no sin voluptuosidad, pues en los intelectuales excesivos hay algo de iconoclastas y gustan de destruir los más caros ídolos morales ó sentimentales, como para probar mejor su

fuerza,—después de todo, ¿es que yo he comprendido verdaderamente lo que hay en sus relaciones con su madre? Cuando en noviembre llegué á Roma y fuí presentado á la Condesa, ¿qué se me ha dicho, no por una persona, sino por nueve ó diez? La señora Steno tiene relaciones con el marido de la mejor amiga de su hija, y ésta muere de disgusto por ello..... He ido á su casa: he visto á la niña. Aquella noche estaba triste, y yo he sentido curiosidad de leer en su corazón. Hace seis meses de esto. Nos hemos visto casi todos los días, á menudo dos veces. Pero ella se ha mostrado tan reservada, que estoy en la misma situación que el primero. La he visto mirar á su madre, como esta mañana, con ojos llenos de amor y de admiración. Después he observado que sufría por una palabra de su madre, por una actitud de ella, hasta el punto de palidecer. La he visto que besaba á la señora Gorka como se besa á una amiga que inspira una profunda compasión, y la he visto jugar al *tennis* con esta misma amiga, alegre é infantilmente. En algunas ocasiones parecía no poder soportar la presencia de Maitland, y después ha pedido al americano que la retratase. ¿Es una inocente? ¿Es una hipócrita? ¿Está atormentada por la duda, adivinándolo todo, no adivinando nada, creyendo á su madre, no creyéndola? ¿Tiene un alma ambigua de rusa é italiana á la vez? Sería una solución al problema que fuese una joven de una energía interior, extraordinaria, y que sabiendo las dos intrigas de su madre y odiándolas igualmente, hubiese imaginado precipitar uno contra otro á los dos hombres. Para una joven esto sería enorme; pero, ¿acaso las menores noticias de un periódico no están ahí para mostrarnos que la pa-

labra imposible no debe nunca ser pronunciada cuando se trata de las aberraciones del corazón? Mañana por la noche iré á casa de la Condesa, y observaré á Alba..... Si ella es inocente, mi juego será bien inofensivo. ¿Si por casualidad no lo es?..... Sería esto un..... ¡qué lástima! mas, pronunciado ante una madona, ¡Lo tengo dicho tantas veces!

Reflexiones de esta clase dejan tras sí el amargo rastro de los remordimientos, sobre todo cuando son, como aquéllas, absolutamente fantásticas y fundadas en una simple paradoja de *dilettante*. Se siente la inhumanidad de ciertas sospechas, aunque no salgan del estado de una vaga y flotante hipótesis. Así Dorsenne sintió verdadera vergüenza cuando se despertó al siguiente día pensando en el misterio de las cartas anónimas recibidas por Gorka, y recordó la criminal novela que había forjado en torno del encantador y tierno rostro de su amiga. Felizmente para sus nervios, que se hubiesen exasperado de volver al terrible problema: si no ha sido ninguno de los que frecuentan la sociedad de la Condesa, ¿quién ha escrito esas cartas?..... al saltar del lecho recibió un voluminoso paquete de pruebas con la nota de «urgentes.» Dorsenne se preparaba á dar al público una colección de sus primeros artículos esparcidos en veinticinco números de periódicos, bajo este título, del que estaba encantado: *Polvo de ideas*. Dorsenne era un animoso obrero literario, á pesar de la pretensión de títulos semejantes, lo que es raro, y á pesar de su vida mundana, lo que es más raro aún. Generalmente los títulos complicados sirven para disfrazar en librería las mercancías de paotilla; y en cuanto á los novelistas ó autores dramáticos que buscan la ins-

piración en otra parte que en la regularidad de las costumbres y en la mesa de trabajo, su obra debe considerarse estéril por adelantado. Obscuro ó célebre, rico ó pobre, un artista debe ser antes que nada un obrero, y practicar estas virtudes verdaderamente fecundas: la aplicación paciente, la tenacidad concienzuda, y la absorción en el trabajo. Cuando se sentaba á su taller— así designaba su mesa,— se entregaba en cuerpo y alma á su tarea. Cerraba su puerta, no abría ni cartas ni telegramas y pasaba diez horas sin tomar más que un par de huevos y café— como hizo aquel día,— corrigiendo sus ensayos de los veinticinco años con el talento de los treinta y cinco, retocando una palabra aquí, allí una frase, rehaciendo una página entera más adelante, descontento unas veces, sonriendo á su idea otras. Y la pluma se movía, llevando con ella toda la sensibilidad de aquel monstruo intelectual que había olvidado por completo á la señora Steno, á Gorka, á Maitland y á la calumniada Condesita, hasta que despertó de aquella borrachera cuando ya caía la noche. Contó, ordenando las pruebas, el número de artículos corregidos, y vió que eran doce.

—Como las cartas de Gorka—dijo en alta voz riendo. Sentía circular por sus venas esa ligera alegría que conocen todos los escritores de raza cuando han terminado un trabajo que consideran bueno. He ganado mi noche—añadió siempre en voz alta.—Es preciso vestirse é ir á casa de la señora Steno. Una buena comida en casa del doctor. Una media horita de paseo por un buen camino. La noche promete ser deliciosa. Yo sabré si se han recibido noticias del palatino—éste era el sobrenombre que él daba á Gorka en los momentos de

buen humor.—Me divertiré imitando á Hamlet cuando hizo jugar la trampa delante de su tío. Voy á hablar alto de anónimos. Si el autor de los que ha recibido Gorka está allí, me divertiré mucho..... ¡Con tal que no sea Alba! Decididamente esto sería muy triste.

Eran las diez de la noche cuando el joven, fiel á su programa, llegó ante la puerta de la casa que la señora Steno ocupaba en la calle del Veinte de Septiembre, en el ángulo de la calle Porta Salara. Era un vasto edificio moderno distribuído en dos porciones distintas: una construcción con comunicación á la izquierda, y á la derecha un hotel por el estilo de los que hay en los alrededores del parque Monceau. Aquella villa Steno, como decía la inscripción grabada en oro sobre el mármol negro de la puerta, era la historia entera de la fortuna de la Condesa, fortuna valuada por la fama, con la exageración habitual, tan pronto en veinte como en treinta millones. En realidad poseía doscientos cincuenta mil francos de renta. Pero como en 1873 el conde Miguel Steno, su marido, había muerto, dejándola únicamente deudas, un Palacio en Venecia, y unas propiedades fuertemente hipotecadas, esa renta justificaba la frase de «mujer superior,» aplicada por sus amigos á la madre de Alba. Sus amigos añadían: «Ha sido la querida de Hafner quien le ha pagado con consejos de financiero.» Atroz calumnia cuya falsedad era más notoria por el hecho de que la Condesa había comenzado á enriquecerse antes de conocer al Barón. He aquí cómo. A fines de 1873, cuando la joven viuda, retirada en aquella suntuosa morada sobre el Gran Canal, luchaba lo mejor que podía con los acreedores, uno de los mejores Banqueros de Roma vino á proponerla un ne-